

Reseña de Patricia HERTEL (2015): *The Crescent Remembered. Islam and Nationalism on the Iberian Peninsula*. Brighton, Sussex Academic Press.

Carlos CAÑATE
 Universidad Autónoma de Madrid
carlos.canate@uam.es
<https://orcid.org/0000-0002-9714-0899>

Para citar este artículo: Carlos CAÑETE (2020), Reseña de Patricia HERTEL (2015): *The Crescent Remembered. Islam and Nationalism on the Iberian Peninsula*, Brighton, Sussex Academic Press, en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 28, pp. 220-224.

Observar cualquier fenómeno histórico parece hoy, más que nunca, desde la impotencia y perplejidad de este confinamiento en el que vivimos, algo inabarcable. Y, sin embargo, es precisamente en este momento cuando se muestran en toda su crudeza las tensiones que en el mundo se dan entre visiones globales e identidades particulares y la relación de todo ello con el desarrollo de respuestas sociales ante las crisis. Sin duda, vivimos “tiempos interesantes”, siguiendo aquella expresión inglesa cargada de ironía y erróneamente atribuida a una supuesta tradición oriental. Y, aun así, no puede decirse que los elementos que guían actualmente el análisis histórico y social sean el producto de una repentina revelación dada por la excepcionalidad del momento. Hace ya décadas, los trabajos de Benedict Anderson, Eric Hobsbawm o Ernest Gellner nos advirtieron del ilusorio carácter perenne de las identidades nacionales y apuntaron sus mecanismos de construcción. De aquellas obras, ya clásicas y que despertaron un enorme interés por una crítica histórica de escala identitaria o nacional, hemos pasado en los últimos quince años a la eclosión de una preocupación por todo aquello que se desarrolla más allá de (o, más bien, entre) lo nacional e identitario. Asistimos, ahora, a un periodo de interés académico por lo transnacional o lo transcultural. Todo esto, por supuesto, no ha supuesto un abandono en lo social y político de posturas identitarias o nacionalistas, que a lo largo de estos años hemos visto resurgir con fuerza. Sin embargo, la situación descrita sí que permite comprender los ingredientes que, a día de hoy, se tienen presentes a la hora de realizar un análisis histórico de las sociedades. Esa búsqueda de aquello que el propio Gellner llamó “*the dramatis personal of history*”, de lo que es protagonista en la historia, no puede realizarse hoy sin atender a una noción constructivista de las identidades y de las naciones, pero también, y simultáneamente, a lo que está más allá de estas y

de cómo eso influye en la propia conformación de las identidades, pasadas y presentes. Todo ello, claro está, también ha tenido su manifestación en el análisis de nuestra forma de representar a las sociedades arabomusulmanas. Es bien conocido que la obra de Edward Said tuvo un impacto fundamental en el desarrollo de una conciencia crítica acerca de la comprensión uniforme de dichas comunidades, alertando de la heterogeneidad de lo hasta entonces considerado como el Oriente. Hacía esto, sin embargo, tomando como ejemplo destacado el caso del orientalismo de cuño inglés y francés. Algo que, en años posteriores, sería objeto de un buen número de revisiones que advertían acerca de las diferencias presentes en otras tradiciones orientalistas. A partir de entonces, se dio un auge en las contribuciones que exploraban las particularidades de las elaboraciones orientalistas en diferentes contextos nacionales y como estas contribuyeron, precisamente, a la construcción de la propia identidad nacional. Con todo, en los últimos años, han surgido un buen número de reflexiones que resitúan la mirada en una escala más amplia, ya sea esta europea u occidental. Probablemente estimuladas por la conciencia de las transformaciones políticas y sociales de las últimas décadas, estas propuestas advierten acerca del importante papel del islam en el propio seno del continente europeo a lo largo de la historia, y en esta dirección encontramos las obras editadas por Jocelyne Dakhlia o la noción de “Western *umma*” acuñada por Roberto Tottoli. Sin duda, estas aportaciones contribuyen a consolidar una imagen más plural y menos delimitada del islam –o, más bien, deberíamos decir de los islames-, pero también han servido para señalar la imposibilidad de estudiar el desarrollo de tradiciones orientalistas particulares sin atender al marco más amplio de interacciones que les dan sentido. Es momento, por tanto, de una mirada transnacional al desarrollo de las diferentes tradiciones orientalistas nacionales, una línea en la que se encuentra el libro aquí reseñado.

El objetivo de la obra de Patricia Hertel es el estudio de las representaciones del islam en España y Portugal durante los siglos XIX y XX. Para ello, la autora asume certeramente que dicho análisis no debe restringirse a una simple historia de las elaboraciones eruditas, pues, teniendo en cuenta el pasado musulmán de dichos territorios, cualquier reflexión acerca del islam está íntimamente ligada a la representación del pasado propio y el lugar de todo ello en el proceso de construcción nacional en los últimos siglos. Es por esto que la autora plantea su estudio como un análisis de los mecanismos de lo que ella misma llama “nationalization of Islam” (92), de cómo la reflexión sobre el islam jugó un papel y, de hecho, fue un elemento esencial, en los procesos de construcción nacional en esos dos ámbitos. Aquel pasado musulmán es importante aquí por otro motivo, y es el de servir de posible vínculo entre esos dos procesos de construcción nacional. Partiendo de la noción de que el territorio peninsular conforma una “unified historical region” (146-147), la autora se pregunta también hasta qué punto ese pasado musulmán compartido pudo servir de vínculo para el desarrollo de similitudes, transferencias o correspondencias en los procesos de construcción nacional en ambos estados –algo que, de forma similar, ha explorado más recientemente Eric Calderwood para el caso de España y Marruecos. El objeto de estudio, por tanto, va más allá del mero recuento de las producciones orientalistas en esos dos países para explorar el lugar del islam en los imaginarios, la política y el colonialismo desarrollado en el marco expandido de la región ibérica. Con este objeto, la obra ofrece un análisis de las producciones y artefactos culturales de los dos países, que se articula como un estudio en paralelo en el que cada

capítulo del libro ofrece una sección de análisis del caso español, seguida por otra dedicada al portugués y finaliza con un apartado de síntesis o evaluación conjunta. En cualquier caso, esta estructura no fuerza una búsqueda exclusiva de las semejanzas entre ambos procesos, pues se destacan también las frecuentes diferencias entre los mismos. De hecho, la autora advierte incluso la necesidad de tener en cuenta las diferencias internas dentro de los propios países, que pueden ofrecer una imagen de las diferentes concepciones de la nación que subyacen a las varias formas de representar el islam en ambos países. Así: “The heterogeneous concepts of Islam illuminate the contradictory national concepts which competed within Spain and Portugal” (42).

Aunque el libro puede considerarse relativamente breve, esto no parece reñido con el contenido del mismo, que ofrece un detalle y una densidad destacables. La autora ha elegido bien las fuentes principales de su análisis, así como los temas que concentran su repaso histórico. Se presentan así, cinco capítulos a través de los cuales encontramos, sucesivamente, las claves para entender esos procesos de “nacionalización del islam” en sentido ibérico. Los dos primeros capítulos están dedicados al estudio del orientalismo más erudito, a través del análisis de la producción académica en los ámbitos de la historia y del arabismo. Teniendo en cuenta el objeto principal del libro, centrado en el análisis del islam en los procesos de nacionalización de ambos países, resulta acertado comenzar la obra con un primer capítulo dedicado enteramente al ámbito de la historiografía, y en cómo este refleja esa proyección entre la imagen de un pasado propio y la idea nacional. Aquí, la autora se muestra cuidadosa a la hora de presentar los matices entre las imágenes del islam promovidas por las diferentes corrientes historiográficas que, de forma grosera, podrían corresponder a las tendencias liberal y conservadora en lo político. El segundo capítulo continúa el análisis del contexto académico en los dos países centrándose en el ámbito del arabismo. Este estudio concreto no solo es relevante por su evidente relación con el objeto del libro, sino, también, por el hecho de que sería precisamente entre los siglos XIX y XX cuando se produce el proceso de institucionalización de los estudios árabes en ambos países, lo que ciertamente justifica aún más el análisis específico ofrecido en la obra. Además, este capítulo se adentra también en el ámbito de los estudios del patrimonio material arabomusulmán, una parcela de los estudios árabes que ha quedado tradicionalmente relegada en los análisis históricos de la disciplina y que en los últimos años cobra cada vez más importancia. El tercer capítulo se adentra en la conexión de la imagen del islam con las empresas coloniales de ambos países. Aunque, en principio, la similar trayectoria de los dos países tanto en lo político como en lo colonial durante el siglo XX podría llevar a pensar que ambos ofrecerían una panorama semejante en cuanto al tratamiento del islam en este ámbito, el capítulo nos plantea una imagen bastante diferente. Mientras que en el caso español las referencias al islam y a la noción de un hermanamiento entre el pueblo español y las comunidades norteafricanas fueron una constante en la acción colonial en el Magreb e, incluso, acompañaron a la retórica del régimen franquista durante buena parte de su recorrido, el caso portugués ofrece una imagen de constante desapego y alejamiento con respecto al islam, que en el contexto de mediados del siglo XX se plantea como

un amenaza equiparable al comunismo en los procesos de lucha anticolonial y descolonización. Los dos últimos capítulos nos presentan el análisis del lugar del islam en dos ámbitos más ligados a la visión presente en las sociedades española y portuguesa en general. El cuarto capítulo nos ofrece un estudio de la imagen del islam y del pasado arabomusulmán de la Península en los manuales escolares de los dos estados. Uno de los aspectos más relevantes de este análisis es el hecho de que el estudio de la imagen del islam en el ámbito escolar inevitablemente ofrece una imagen del fenómeno reducida a solo una fracción de la sociedad de ambos países, cuyos procesos de escolarización durante el siglo XIX y buena parte del XX alcanzaron a una proporción reducida de la población, sobre todo a las clases altas. Con el fin de superar dicha limitación, la autora ofrece también un análisis de los discursos sobre el islam en los festejos conmemorativos en ambos estados durante el mismo periodo, lo que, potencialmente, puede ofrecer una imagen más completa del alcance de los discursos sobre el islam, al estar estos dirigidos a un espectro más amplio de la sociedad. De forma general, tanto los discursos escolares como los conmemorativos coinciden a grandes rasgos con las corrientes liberales a comienzos de siglo para, más tarde, ajustarse a una retórica conservadora tras la imposición de las dictaduras militares en ambos países. Por último, el capítulo quinto se adentra en la imagen del islam y del pasado arabomusulmán en las fiestas y el folklore de ambos países. Encontramos aquí apuntes muy reveladores acerca de las tensiones presentes en las representaciones de fiestas como los Moros y Cristianos en Valencia o los festivales del norte de Portugal. Unas representaciones que muestran una marcada ambivalencia con respecto al pasado arabomusulmán, algo que revela –una vez más– que la apropiación de dicho pasado va inevitablemente ligada a la diferenciación con respecto al mismo en los procesos de construcción de la identidad nacional e, incluso, regional en ambos territorios.

En su conjunto, el libro de Patricia Hertel ofrece una necesaria contribución para la comprensión de las tradiciones orientalistas ibéricas. A través de él se toma conciencia de la importancia de una perspectiva transnacional raramente adoptada. Durante su lectura vienen a la mente otros ejemplos que confirman la relevancia de las transferencias y correspondencias señaladas entre España y Portugal, como es el caso del pensamiento del político e intelectual español Joaquín Costa, quien, entre finales del siglo XIX y principios del XX, fue, sucesivamente, defensor del intervencionismo colonial en el Magreb, de una política de regeneración de la sociedad hispana en clave nacional y de una federación de estados ibéricos. Con todo, se echa en falta quizás un salto algo más largo. Uno que no solo desafíe fronteras geográficas sino también cronológicas a la hora de explorar el lugar del orientalismo en la conformación de los imaginarios nacionales. Aunque es bien cierto que nuestra comprensión constructivista de las naciones sigue debiendo mucho a las grandes obras de autores como Anderson, Hobsbawm o Gellner, los límites temporales en los que ellos situaron el proceso nacional aparecen hoy día como algo tremendamente decimonónico. Una concepción del origen de los aparatos nacionales situada en el siglo XIX que recuerda a aquello de Ernest Renan de que “Les nations, entendues de cettemanière, sont quelque chose d'assez nouveau dans l'histoire”, y que ha sido repetidamente cuestionada en los últimos años. Autores como José Álvarez Junco que, en su momento, exploraron el mito nacional español en el siglo XIX, han ofrecido trabajos más recientes en los que la historia del relato nacional se retrotrae, al

menos, a comienzos de la época moderna. Lo mismo ocurre en el caso concreto de la historia del orientalismo. En los últimos años han surgido cada vez más contribuciones que cuestionan los límites temporales impuestos al fenómeno por la obra de Said. Resultan relevantes aquí, por ejemplo, los trabajos que van consolidando una visión del orientalismo español y portugués como un ámbito de gran magnitud y alcance ya desde el final de la edad media. Parece razonable que el análisis de los sistemas políticos nacionales pueda todavía situarse dentro de un marco cronológico contemporáneo. Sin embargo, no parece suficiente marcar el mismo límite a la hora de estudiar las visiones del pasado y de los imaginarios que les dan sentido, cuya conformación es el producto de largos procesos anteriores de sedimentación que deben ser tenidos en cuenta para una comprensión completa de dichos fenómenos. Esto, que es algo que la propia autora reconoce en su libro (145), sin duda no limita el valor e idoneidad del mismo, pero seguramente apunta a la necesidad de continuar desafiando las fronteras que aún a día de hoy nos mantienen confinados.